



EL AMOR, ESA COSA SERIA

RESCATANDO DEL OLVIDO A 'DEUS CARITAS EST'

EL AMOR, ESA COSA SERIA

Rescatando del olvido a 'Deus Caritas est'

José Antonio Medei

Abstract:

Este artículo reflexiona sobre la vigencia y profundidad de la encíclica Deus Caritas est (2005) de Benedicto XVI, en el contexto de la crisis cultural y educativa que atraviesa la Iglesia contemporánea. A partir de una lectura crítica, se subraya la necesidad de recuperar la experiencia originaria del cristianismo como encuentro personal con Cristo, frente a las reducciones moralistas y ritualistas que han marcado la modernidad.

Palabras Claves: Benedicto XVI – Deus Caritas est – Amor cristiano – Fe y cultura- Teología del amor

El próximo 25 de diciembre del corriente año procederemos a celebrar (quienes aún lo recuerden) los 20 años de publicación de la encíclica *Deus Caritas Est* por parte del gran Papa Benedicto XVI. Uno de los tantos documentos olvidados por la desmemoria eclesial, expresión típica de la crisis terminal que vive la Iglesia de hoy; una crisis que es paradigmática, educativa y cultural. Crisis claramente enunciada por el teólogo Ratzinger allá por 1985 cuando, en el Informe sobre la Fe, hizo un crudo análisis de la autodestrucción posterior al Concilio Vaticano II; análisis que llevó al rasgado de vestiduras de gran parte del *establishment* eclesial, incapaz de situarse ante la tragedia y dejarse iluminar por los

signos de los tiempos para implementar las reformas que el momento histórico imponía.

No sorprende, por tanto, esta desmemoria. Ya lo han padecido, como víctimas, el mismo Concilio, como también tantos otros documentos papales que han sido faros en medio de las tinieblas del mundo moderno/posmoderno. Pensemos en el mismo Catecismo, el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, las encíclicas *Fides et Ratio*, *Veritatis Splendor* (cuyo capítulo I pone los cimientos para el necesario cambio de paradigma conciliar) y otros más cuyo desconocimiento por parte de la feligresía católica no tiene lagunas.

El caso que nos ocupa sería uno de tantos si no fuese por el tema que aborda: el Amor cristiano. Es decir, aquello sin lo cual de nada vale el esfuerzo, hagamos lo que hagamos (san Pablo en 1 Cor 13 dixit), aquello sin lo cual nos quedamos afuera del Destino grande al que fuimos llamados (san Mateo 25 avisa). Y esto carga al tema con un elemento de escándalo que no nos atrevemos a mirar de frente: la llamada provocativa y paradójica a perder la propia vida para conservarla de manera plena. Frente a esto emerge el espíritu conservador que nos habita (signo de vejez y cansancio): ¡Es demasiado! ¿Quién podrá realizarlo? “Mejor vuelve otro día y te escucharemos”, le dijeron a Pablo en el Areópago de Atenas (Hch, 17). “Este lenguaje es muy duro. ¿Quién puede soportarlo?”, se quejaba la gente (Jn, 6). Y así siempre. Hoy también.

Pero... *Deus Caritas Est* (DCE en adelante) nos sale al encuentro (palabra clave) para ayudarnos a Ver lo auténtico, lo originario, lo esencial (que en el caso del cristianismo sí es visible a los ojos). Porque, siguiendo su tarea educativa de toda una vida dedicada a proponer lo Novedoso del cristianismo, el Papa Ratzinger, en DCE, vuelve a la carga con munición teológica de grueso calibre. Pero, sobre todo, con un corazón de padre, que no escatima esfuerzos en volver a insistir en la urgente tarea de una Reforma, es decir, Conversión, de la mente y

del corazón, para redescubrir la esencia del Hecho cristiano, su auténtica naturaleza, tal como aconteció al Principio de esta historia.

Digámoslo sin eufemismos: a partir del siglo XVI se fue produciendo, en la cultura de Occidente, un reduccionismo de lo cristiano que desembocó, en el siglo XIX, con una expresión cultural totalmente degradada, distorsionada por reductiva, víctima de una pérdida de identidad clara y definida. Si bien siempre el Espíritu suscitó un “resto” que mantuvo viva la experiencia auténtica, que renovó en su vivencia el camino de la Fe, sin embargo, la cultura dominante, lo general, la práctica (horrible palabra aquí) habitual desembocó en lo que Charles Péguy llamó proféticamente “cristianismo moderno”. Es decir, un cristianismo reducido a moral, a rito, a culto, a espiritualidad, a doctrina y, en el límite, para rematar la tragedia, reducido a “religión”. *R.I.P.*, dijeron Marx, Feuerbach, Nietzsche, Comte, Freud y un largo etc. de iluminados. A quienes deseen seguir la lógica de este proceso les recomiendo aproximarse a la lectura de *La Roca* (T.S. Eliot), *La conciencia religiosa del hombre moderno* (L. Giussani), *La esencia del cristianismo* (R. Guardini), *Los orígenes de la pretensión cristiana* (L. Giussani), *Introducción al Cristianismo* (J. Ratzinger), *El Dios en quien no creo* (J. Arias), o la estupenda trilogía de V. Messori: *Hipótesis sobre Jesús*, *¿Padeció bajo Poncio Pilato?* y dicen que ha resucitado.

El proceso de retorno a lo auténticamente cristiano, partiendo de ese Resto misterioso, comienza sobre todo con el gran Papa León XIII y desemboca en el Concilio Vaticano II (1962-1965), cuya onda expansiva de reforma paradigmática aún no nos ha impactado de lleno. Tuvimos Papas santos y geniales en estos 60 años, pero el daño es muy grande. El Espíritu ha suscitado y suscita Movimientos que van en esta línea, pero el estrepitoso fracaso de la predicación, la cateque-

sis y la educación católicas modernas (J. Ratzinger) ha sido tan devastador que aún no nos reponemos. Y ni siquiera el soplo impetuoso del Espíritu, desatando el vendaval Francisco, ha suscitado vientos de cambio, al menos en muchos y sobre todo en ciertos estamentos eclesiales. Preferimos seguir siendo herederos de Kant (la Moral como centro de la vida y medida de la estatura humana), o discípulos de Hegel (la doctrina como garantía de verdad y pertenencia). Por eso es frecuente en nuestros labios escuchar: “¡No tiene autoridad moral!” Lean la parábola del joven rico, y comprenderán la verdad de lo dicho por Péguy: “la moral es una costra que envuelve al hombre y lo torna impermeable para la Gracia”. Como también solemos decir: no discutimos personas sino Ideas (¡Oh Platón, Platón, qué grande sos!). Si creyéramos al Evangelio entenderíamos aquello de “no son los que dicen Señor, Señor...”. Ni hablar si analizamos el voto de los católicos cuando de política se trata. Entramos al cuarto oscuro dejando afuera la justicia, la solidaridad, el bien común, el destino universal de los bienes y la subsidiariedad. O sea, dejamos afuera la DSI, y ensobramos el manual del buen ciudadano ilustrado. Ya no es la Gracia la que salva sino la “coherencia” moral. En síntesis: somos Modernos, no cristianos. No todos, obvio, pero esta es la tónica dominante.

Entonces, hacer memoria de la provocación de los documentos papales es casi una cuestión de supervivencia frente a este demonio paradigmático, que se nos instaló en el sótano de la Casa, pero que hace sentir sus funestas consecuencias en la superficie.

Moraleja: hay que cambiar de mentalidad, convertirse. Y esto no es un problema moral (¡Adiós, viejo Kant, vade retro!), sino de cosmovisión, de comprensión. A eso apunta DCE, entre otras cosas.

Solo vamos a realizar algunas anotaciones de la Introducción y la Primera parte de DCE (1-18), anotaciones que nos ayuden en el objetivo buscado: romper la tranquilidad en la que estamos instalados y confortablemente adormecidos. “Jesucristo me dejó inquieto”, decía el P. Zezinho. DCE es el Espíritu que golpea a las puertas esperando que alguien se despierte y abra. ¡Ojalá esta contribución ayude en este llamado!

La provocación es fuerte ya desde la Introducción: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCE 1).

Las religiones son fruto de la constructividad humana en su deseo de alcanzar el Infinito. Aquí ocurre lo contrario: el Infinito viene a nuestro encuentro (en el mar, camino de Emaús o de Damasco, en el pozo de Sicar, etc.) y nos impacta de modo imprevisto e imprevisible; acontece de manera impensable, en circunstancias inéditas e inesperadas. Para este Encuentro no se requieren prerrogativas morales o intelectuales, solo se exige la sencillez del corazón que reconoce, dice *Sí*, y sigue. “Hemos reconocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él”, “nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido”, “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”, dirán los primeros en ser impactados por este Acontecimiento. Y DCE nos viene a decir que esto acontece HOY con la misma modalidad, con la misma dinámica. No en vano, al final de sus días, en su libro *La Luz del mundo*, el Papa Ratzinger dirá que lo primero es esto: la Fe. La moral viene después, con el tiempo, es algo segundo. Ya no hay más dicotomía lingüística: fe y vida, fe y cultura, propias de ese cristianismo moderno viciado de moralismo y disyunción existencial. Porque en la Fe ya se da todo, se incluye la totalidad de

la experiencia, no es necesaria ninguna aclaración: se es cristiano. Punto. Lo que se agregue de más, viene del Maligno.

Otro punto interesante es el relativo, precisamente, al lenguaje utilizado para referirse a las cosas de la Fe. Llegamos al punto de que las palabras cristianas dejaron de comprenderse en su sentido auténtico; un punto cuyo retorno puede iniciarse tanto con el Concilio Vaticano II como, sobre todo, con el Catecismo de la Iglesia Católica. Pues he aquí que ni así. Si hacemos un mapeo entre quienes se declaran creyentes, cristianos, no creyentes o agnósticos, pasando lista de toda una serie de palabras cristianas, veremos que comparten la comprensión en general. Comprensión “moderna”, alejada de todo sentido de fe. Y entre ellas está la palabra Caridad, asimilada a limosna, una especie de favor hecho hacia otro que es inferior, una acción signada por la lástima, y que da de lo que sobra, o no sirve, a un pobre en desgracia. Esto infecta las redes sociales, pero también la letra de muchas canciones o los textos de prominentes escritores. O lo que es peor, entender la Caridad como Amor desgajado del Eros, o sea, un amor que no corresponde a los deseos de satisfacción del corazón humano. Una especie de angelismo odioso, que hace que el sexo, por ejemplo, se vuelva algo extraño (cuando no, peligroso) para la experiencia de ese amor. En definitiva, un cambalache discepoliano.

Para DCE el Amor es otra cosa muy distinta, ya que el ser humano no es concebido al modo del dualismo platónico, cuerpo y alma, donde el cuerpo es el momento negativo y el alma es el momento noble. El ser humano es una unidad fundamental en la que Eros (pasión, fuerza y deseo de comunión) se entrelaza formando un todo unitario con Ágape (descubrimiento del otro, preocupación y ocupación por/en el otro, aspiración a lo definitivo y la exclusividad, para siem-

pre) (DCE 6, 7).

Muy bien lo vieron a esto, en relación con el deseo de infinito que habita el corazón humano, san Agustín y santo Tomás, cuando, al contrastar con la contingencia y la finitud propias del mismo, ampliaban el horizonte, no solo existencial sino también lingüístico, cuando escribieron: “Nos hiciste para Ti, Señor, y nuestro corazón estará inquieto hasta que repose en Ti” (Agustín). “La eternidad es la posesión, total y simultánea, de todos los bienes que satisfacen el deseo del corazón humano” (Tomás de Aquino, parafraseando a Boecio).

Si avanzamos, nos encontramos con la recuperación de la auténtica imagen de Dios y del hombre, algo esencial para poder penetrar en la comprensión del camino cristiano de manera lúcida. Brevemente nos ocuparemos del primer tema. Y este es un tema espinoso como pocos, un tema que ha sido muy mal tratado, mal enseñado y, como consecuencia, mal comprendido, por obra y gracia de aquellas fallidas predicación, catequesis y educación llamadas “católicas” en el período moderno. Vamos por partes.

Cuando pronunciamos la palabra Dios, ¿qué nos viene a la mente? Un Ser absoluto, todopoderoso, que ha hecho todo en un alarde de poder sin límites, y a quien se le pide que intervenga cuando el agua llega al cuello (o el avión se cae, o los estudios médicos son desalentadores, o cuando los señores de la guerra se cansan de matar, etc., etc.). “Sálvanos, Señor, manifiesta tu poder y ven a salvarnos”, decía el salmista. Merece párrafo aparte aquí el tema del sentido del Milagro y el de la Oración, ya que rezamos de la forma que creemos. El problema es en qué creemos. (el “Dios” en quien no creo, dice el periodista Juan Arias, compañero de viajes de Juan Pablo II). ¿A qué Dios invocamos cuando oramos? ¿A este Pantocrátor que todo lo puede y todo lo decide arbitrariamente y según

su voluntad santísima? ¿Al Gran Arquitecto del mundo, que lo hizo y lo dejó allí ordenado y sin necesidad de retoques? ¿Al Supremo Relojero que dio cuerda al mecanismo del mundo y lo dejó librado a su marcha? Encima, a veces no recibimos lo que pedimos, y allí se arma la rosca metafísica. Porque Jesús dijo que si pedimos, recibimos. Entonces, ¿cómo es la cosa?

DCE nos devuelve a la imagen cristiana de Dios, muy alejada, a años luz, de esa imagen que hemos forjado en nuestra mente como fruto de una educación fallida. Veamos.

La fe bíblica nos transmite una nueva imagen de Dios, ya en el AT, cuando el Señor emerge como el Único Dios frente a los dioses, hechura de manos humanas (la religión); ellos tienen boca y no hablan, tienen pies y no caminan, pero Yahvé emerge como aquel al que remite toda la realidad ya que ella es obra de sus manos (creación). Y este Señor no es el principio abstracto de un mono-teísmo difuso y anónimo, sino que se define por un amor apasionado hacia sus criaturas (por ende, personal), en especial hacia su pueblo escogido. “Él ama, y este amor suyo puede ser calificado sin duda como eros que, no obstante, es también totalmente ágape” (DCE 9). Él llega al hombre donándose en un amor de amistad (Moisés) o la figura del esposo amante que, a cambio de su amor, solo pide fidelidad a esa alianza. Aquí se puede comprender el lugar y el valor del Cantar de los Cantares, un libro que no habla directamente de Dios pero que, a través de sus versos, lo transpira por todos los poros. Y si miramos globalmente la revelación, vemos que este amor gratuito, donado sin prerequisites morales (“el Señor nos primerea”, decía el Papa Francisco) es tan grande que:

[...] pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia. El cristiano ve perfilarse ya en esto, veladamente, el misterio de la Cruz: Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor (DCE 10).

Decir esto es locura y escándalo. Bien le cabría al Papa Ratzinger aquello que le dijo a Pablo el gobernador Festo: “¡Tanto estudio te ha trastornado el cerebro!” (Hch 26, 25).

En conclusión: en la Biblia hallamos una imagen estrictamente metafísica de Dios ya que Él es en absoluto la fuente originaria de cada ser. Pero, a la vez, este Logos, este principio creador de todas las cosas, es al mismo tiempo un amante con toda la pasión de un verdadero amor. “Así, el eros es sumamente ennoblecido, pero también tan purificado que se funde con el ágape” (ib.).

Hasta aquí, una imagen de Dios muy lejana de aquella que mencionamos al principio y que hemos heredado de nuestra educación moderna. Y esto se terminará de evidenciar en el Nuevo Testamento.

Si bien tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento conforman una sola Escritura, la novedad de este último es radical y original. Y tanto en uno como en otro sentido, no hablamos de nuevas ideas sino de un realismo inaudito en la figura misma de Cristo que, a través de este Acontecimiento, se revelará como el Infinito, el “Yo soy” revelado a Moisés, encontrable en un tiempo histórico factible de datar, en una geografía descriptiva, bajo un Imperio registrable, con actores históricos reconocibles, en la carne y la sangre de un individuo cuya vida se desarrolla según los cánones y avatares de la vida de cualquier ser humano venido a este mundo.

Ya no es imperativo buscar a Dios, imaginarlo, pensarlo, rendirle un culto fruto de una búsqueda siempre infructuosa y llena de errores (el camino de las religiones), porque Él ha salido al encuentro del hombre y lo ha alcanzado, mostrándosele y haciéndosele cercano. Con cierto cuidado, bien podríamos decir que, con este Acontecimiento, las religiones han llegado a su fin. Ha comenzado

lo Nuevo, lo que, esencialmente, es Otra cosa distinta (DCE 12–13).

Así, ahora Dios tiene un rostro, se hace visible, encarnado en Cristo, y atrayendo a todos hacia Él origina una comunión que se manifiesta en la vida de un Pueblo. Es justamente la vivencia de este pueblo, la pertenencia al mismo y la participación en su vida mediante las diversas obras (liturgia, sacramentos, misión, caritativa, educación, catequesis, obras sociales) lo que forma la fisonomía propia del ser y vivir como cristianos. Y es decisivo dejar en claro que esto:

[...] no es simplemente moral, que podría darse autónomamente, paralelamente a la fe en Cristo y a su actualización en el Sacramento: fe, culto y ethos se complementan recíprocamente como una única realidad, que se configura en el ágape de Dios. Así, la contraposición usual entre culto y ética simplemente desaparece. En el culto mismo, en la comunión eucarística, está incluido, a la vez, el ser amados y el amar a los otros (DCE 14).

Es decir, la primacía de la Gracia, la respuesta de la Fe y luego recién, sí, en el tiempo, según el camino personal de cada persona (homo viator, dice la teología), la Caridad, el amor como compromiso práctico, universal pero aquí y ahora. Sin pretensiones sobre la propia vida, sin esa asfixia perfeccionista falsa que solo perturba y quita la paz. “¿Quién podrá realizarlo?”, decían los Apóstoles. Y siempre la respuesta serena y certera de Jesús (o sea, de Dios): “Para los hombres esto es imposible. Pero para Dios todo es posible”.

Entonces, este Dios hecho uno de nosotros, que atraviesa todas las circunstancias de la vida humana, que se ha identificado hasta el fondo con el destino humano, ha unido de manera inseparable el reconocimiento y el seguimiento de Él con el amor al prójimo, en una inseparable relación al punto de que

amar a Dios es una mentira si el corazón se cierra al prójimo, porque este pasa a ser un camino para encontrar también a Dios. Cerrar los ojos ante el prójimo es volverse ciegos ante Dios.

Por ello, este Dios que revela Jesucristo (que es Padre, pero también Hijo en una efusión de Amor) ejerce su omnipotencia cuando perdona, acoge y es misericordioso. Su omnisciencia se identifica con el conocimiento, amoroso y personal hacia cada uno, penetrando nuestra historia desde la concepción, en el seno materno, hasta el Destino último de felicidad prometida. Su providencia es esa compañía llena de afecto y cuidado en cada circunstancia de nuestra vida, sobre todo en las más oscuras. Y así, si seguimos desarrollando los atributos divinos, iremos descubriendo una fisonomía de lo Divino que dista mucho de lo que descubrieron Platón (la Idea de Bien), Aristóteles (el Acto puro y Motor inmóvil), la filosofía Moderna y la Ilustración, que mencionamos al principio. Incluso esta imagen de Dios trasciende el monoteísmo, esa pobre descripción con la que los manuales liquidan la descripción del supuesto Dios cristiano. Nada que ver con todo eso. Como dijo Jesús: “aquí estamos en presencia de Algo mucho más grande que Salomón y Jonás”.

Entonces es comprensible lo que DCE va dejando en claro, en relación con esta nueva imagen de Dios y su nexo inescindible en la relación con el prójimo, cobrando así el Amor un sentido que no aparece en otras tradiciones al margen de la cristiana:

Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo piadoso y cumplir con mis deberes religiosos, se marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación correcta, pero sin amor. Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para

manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. (DCE 18)

Es evidente aquí que el Amor ya no es un “mandamiento”, algo externo al sujeto que lo obliga a una praxis coherente, sino más bien, y ante todo, una experiencia de amor nacida desde dentro, es decir, el corazón humano, y sus exigencias fundamentales, puestos en juego en la relación de Fe con Jesús la cual genera una experiencia que, por su propia naturaleza, se expande y es comunionalmente comunicado a otros. Dice DCE que “...el amor crece a través del amor. El amor es divino porque procede de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros...hasta que al final Dios sea todo para todos” (DCE 18).

En fin, volviendo al inicio de este trayecto, podemos decir que el Amor es cosa seria, por su origen, sus manifestaciones esenciales al corazón humano y su vocación final a lo Definitivo y consumado en el Corazón de Aquel que es Alfa y Omega, y que viene en las circunstancias de la vida provocando la necesidad de una respuesta ante su propuesta: ven y sígueme!.

En este Año jubilar de la Esperanza, virtud teologal gracias a la cual estamos en camino por la certeza que nos infunde la Fe (y por ende nada tiene que ver con el optimismo), somos llamados a redescubrir el auténtico rostro de Dios, para lo cual hemos de volver a la experiencia originaria y fundante de lo cristiano. Diríamos que es preciso deconstruir esa imagen perversa que nos han transmitido la catequesis, la predicación y la educación “católicas” modernas, y volver a la experiencia de la Fe bajo la modalidad de un encuentro con una Presencia personal, viva y atractiva frente a la cual tomar una decisión clave para la existencia. Nadie se mueve, seriamente, si no es por un gran amor que fascina y hace atractiva una propuesta. El Acontecimiento cristiano lo es. Hay que pedir poder encontrarlo, reconocerlo y seguirlo.

Deseo cerrar esta contribución con un texto, muy sugerente en relación

con todo lo dicho, sobre todo en relación con esa deconstrucción a realizar en torno a la imagen moderna que heredamos.

Arias (1970) comenta:

‘Muchos ateos, en lo que no creen es en un Dios en el que yo tampoco creo’. Sí, yo nunca creeré en: el Dios que ‘sorprenda’ al hombre en un pecado de debilidad, el Dios que condene la materia, el Dios incapaz de dar una respuesta a los problemas graves de un hombre sincero y honrado que dice llorando: ‘¡No puedo!’, el Dios que ame el dolor, el Dios que ponga luz roja a las alegrías humanas, el Dios que esterilice la razón del hombre, el Dios que bendiga a los nuevos Caínes de la humanidad, el Dios mago y hechicero, el Dios que se hace temer, el Dios que se haga monopolio de una Iglesia, de una raza, de una cultura, de una casta. El Dios que no necesita del hombre, el Dios árbitro que juzga sólo con el reglamento en la mano. El Dios solitario, el Dios incapaz de sonreír ante muchas tras-tadas de los hombres, el Dios que ‘juega’ a condenar. El Dios que ‘manda’ al infierno, el Dios que no sabe esperar, el Dios que exija siempre un diez en los exámenes, el Dios capaz de ser explicado por una filosofía, el Dios que adoren los que son capaces de condenar a un hombre, el Dios incapaz de amar lo que muchos desprecian, el Dios incapaz de perdonar lo que muchos hombres condenan, el Dios incapaz de redimir la miseria, el Dios incapaz de comprender que los niños deben mancharse y son olvidados, el Dios que impida al hombre crecer, conquistar, transformarse, superarse hasta hacerse casi un Dios, el Dios que exija al hombre, para creer, renunciar a ser hombre, el Dios que sólo pueden comprender los maduros, los sabios, los situados, el Dios a quien no temen los ricos a cuya puerta yace el hambre y la miseria. El Dios capaz de ser aceptado y comprendido por los que no aman, el Dios que adoran los que van a

misa y siguen robando y calumniando, el Dios que no supiese descubrir algo de su bondad, de su esencia, allí donde vibre un amor por equivocado que sea, el Dios a quien agrade la beneficencia de quien no practica la justicia, el Dios para quien fuese el mismo pecado complacerse con la vista de unas piernas bonitas y calumniar y robar al prójimo y abusar del poder para medrar o vengarse, el Dios que condene la sexualidad, el Dios que se arrepintiera alguna vez de haberle dado la libertad al hombre, el Dios que prefiera la injusticia al desorden, el Dios mudo e insensible en la historia ante los problemas angustiosos de la humanidad que sufre, el Dios a quien interesan las almas y no los hombres, el Dios morfina para la reforma de la tierra y sólo esperanza para la vida futura, el Dios que cree discípulos desertores de las tareas del mundo e indiferentes a la historia de sus hermanos, el Dios que defienden los que nunca se manchan las manos, los que nunca se asoman a la ventana, los que nunca se echan al agua, el Dios que les gusta a aquellos que dicen siempre: 'Todo va bien'. El Dios que ponga la ley por encima de la conciencia, el Dios que fundase una Iglesia estática, inmovilista, incapaz de purificarse, de perfeccionarse y de evolucionar, el Dios de los curas que tienen respuestas prefabricadas para todo. El Dios que negase al hombre la libertad de pecar, el Dios a quien le falte perdón para algún pecado, el Dios que 'cause' el cáncer o 'haga' estéril a la mujer, el Dios a quien sólo se le puede rezar de rodillas, a quien sólo se le puede encontrar en la Iglesia, el Dios que no salvase a quienes no le han conocido pero le han deseado y buscado, el Dios que no saliera al encuentro de quien le ha abandonado, el Dios incapaz de hacer nuevas todas las cosas, el Dios que nunca hubiera llorado por los hombres, el Dios que prefiera la pureza al amor, el Dios que destruyese la tierra y las cosas que el hombre ama en vez de transformarla, el Dios que no tuviera misterios, que no fuera más grande que nosotros, el Dios que

para hacernos felices nos ofreciera una felicidad divorciada de nuestra naturaleza humana, el Dios que aceptara por amigo a quien pasa por la tierra sin hacer feliz a nadie, el Dios que no fuese amor y que no supiera transformar en amor cuanto toca, el Dios que al abrazar al hombre ya aquí en la tierra no supiera comunicarle el gusto y la felicidad de todos los amores humanos juntos, el Dios incapaz de enamorar al hombre, el Dios que no se hubiera hecho verdadero hombre con todas sus consecuencias, el Dios que no hubiera nacido milagrosamente del vientre de una mujer, el Dios que no hubiese regalado a los hombres hasta su misma madre, el Dios en el que yo no pueda esperar contra toda esperanza.

Sí, mi Dios es el otro Dios". (pp. 251-257)

El mío...también!

Conclusión: en DCE el Papa Benedicto nos convoca a la conversión, a volver a la Fe de nuestros padres, a redescubrir el Hecho cristiano en su naturaleza más auténtica, y nos repropone una comprensión del Amor como aquello en base a lo cual se decide nuestro Destino. Por ello es preciso volver a mirar la seriedad de estas cuestiones, ya que nos interpelan de una manera existencialmente impostergable e intransferible. Aquí se juega todo, en las circunstancias, y a través de las opciones fundamentales que realizamos cada día.

Bibliografía

- Arias, J. (1970). *El Dios en quien no creo*. Salamanca. Sígueme.
- Benedicto XVI (2005). *Deus Caritas est*. Bs As. Paulinas.
- Elliot, T.S (2006). *Coros de La Roca* . Bs As. Charles Peguy.
- Giussani, L. (2000). *La conciencia religiosa del hombre moderno*. Madrid. Encuentro.
- Giussani, L. (2012). *Los orígenes de la pretensión cristiana* . Madrid. Encuentro.
- Guardini, R. (1977). *La esencia del cristianismo*. Madrid. Cristiandad.
- Juan Pablo II (1993). *Veritatis Splendor*. Bs As. Paulinas.
- Messori, V. (1987). *Hipótesis sobre Jesús*. Bs As. Don Bosco.
- Messori V. (1994). *¿Padeció bajo Poncio Pilato?* Madrid. Rialp.
- Messori, V. (2012). *Dicen que ha resucitado*. Madrid. Rialp.
- Ratzinger, J. (1971). *Introducción al Cristianismo*. Salamanca. Sígueme.